

**[Discurso pronunciado en Moscú el 14 de abril de
1918 ante un público de obreros y campesinos, y
algunas respuestas]**

**León Trotsky
14 de abril de 1918**

(Versión al castellano desde “[Un paradis pour ce monde](#)”, en [MIA-section française-Léon Trotsky-Les Oeuvres](#). No se han respetado ni el título ni los subtítulos añadidos por G. Bloch)

Camaradas, nuestro país es el único en el que el poder está en las manos de la clase obrera y de todas partes se nos aconseja: “¡Dejadlo, no estáis a la altura! ¡Mirad cuantas dificultades se presentan en el camino del poder de los sóviets! Y es cierto, las dificultades son numerosas, a cada paso tropezamos con obstáculos.

Pero ¿cuál es la causa? Miremos a nuestro alrededor, examinemos la situación. Saquemos la cuenta de nuestros amigos y de nuestros enemigos, miremos hacia delante. Hemos heredado de nuestros predecesores, el zar, Miliukov, Kerensky, *un estado completamente arruinado tanto en el interior como en el exterior*. No exista la menor duda de que en el momento actual nuestro país se encuentra en una situación terrible. Pero esta situación no es más que el resultado de todo el desarrollo histórico que le ha precedido y, en particular, de la guerra actual. El zar y Miliukov nos arrastraron a la guerra. El ejército del zar fue vencido. Estalló la revolución. Los trabajadores de todos los países esperaban de la revolución que les trajese la paz. Pero Miliukov y Kerensky se dejaron llevar sujetos a la correa de los aliados imperialistas; hicieron que la guerra se prolongase, decepcionaron todas las esperanzas y pusieron la revolución en peligro. Entonces, los obreros se sublevaron y tomaron el poder en sus manos. Por nuestra parte, nosotros hicimos todo lo que estaba en nuestras manos para acrecer la confianza de los obreros europeos en la revolución rusa, para que comprendiesen claramente que ni Miliukov ni Kerensky representaban a la revolución rusa, sino que eran los obreros, los proletarios explotados, los campesinos que no explotan trabajo ajeno, quienes lo hacía.

Eso hicimos. Camaradas, es verdad que todavía no hemos alcanzado la victoria. Ni nos engañamos a nosotros mismos ni os engañamos a vosotros. El militarismo europeo ha demostrado ser todavía demasiado poderoso, el movimiento de las masas trabajadoras aún no le ha infringido el golpe mortal, el golpe salvador tanto para los obreros europeos como para nosotros mismos, y el militarismo europeo ha hecho el mejor uso posible del plazo que le ha concedido la historia. La revolución rusa ha alcanzado su apogeo mientras que la europea todavía no ha comenzado. Bajo estas condiciones, hemos entablado negociaciones con Alemania y Austria-Hungría cuando la política de Miliukov, Kerensky, Tsereteli y Chernov había minado la confianza en la revolución rusa.

Se nos dice:

“Habéis firmado el Tratado de Brest-Litovsk que no es más que un tratado de pillaje y opresión”. Cierto, es completamente cierto; no existe peor tratado de pillaje y opresión que el de Brest-Litovsk. Pero ¿qué es en realidad este tratado? Es un pagaré,

un viejo pagaré firmado por Nicolás Romanov, Miliukov y Kerensky, que nos toca pagar a nosotros.

¿Fuimos nosotros quienes desencadenamos esta guerra? ¿Fue la clase obrera quien originó esta sangrienta carnicería? No, fueron los monarcas, las clases pudientes, la burguesía liberal. ¿Fuimos nosotros la causa de los terribles desastres sufridos por nuestros desafortunados soldados, cuando se vieron sin fusiles ni municiones en los Cárpatos? No, fue el zarismo apoyado por la burguesía rusa.

¿Y acaso fuimos nosotros quienes el 1 de julio de 1917 dilapidamos en esa vergonzosa y criminal ofensiva el capital de la revolución rusa, su buena reputación su autoridad? No, fueron los conciliadores, los socialistas-revolucionarios de derecha, los mencheviques, junto con la burguesía. Y, sin embargo, la factura de todos esos crímenes se nos presenta a nosotros; y nos hemos visto obligados a pagar con rechinar de dientes. Sabemos que era un factura de usurero, pero, camaradas, no fuimos nosotros quienes firmamos los préstamos, nosotros no somos responsables moralmente de ello ante el pueblo. Nuestra conciencia está completamente limpia. Ante la clase obrera de todos los países somos el partido que ha cumplido con su deber hasta el final. Hemos publicado todos los tratados, hemos declarado sinceramente que estábamos dispuestos a firmar una paz honesta y democrática. Esa declaración se mantiene, esa idea se mantiene, inscrita en los sentimientos y la conciencia de las masas trabajadoras de Europa cumpliendo con su profundo trabajo subterráneo.

Es cierto camaradas que en la actual hora las fronteras de nuestro país no son seguras ni en el este ni el oeste. Allí, en el este, Japón trata desde hace mucho tiempo de apoderarse de la parte más fértil y rica de Siberia, y la única cosa que le preocupa a la prensa japonesa es el límite territorial hasta el que Japón está llamado a “salvar” a Siberia. He aquí qué dicen los diarios: “Nosotros tendremos que responder ante Dios y los cielos de la suerte de Siberia”. Algunos pretenden que el cielo les ha ordenado que se apoderen de Siberia hasta Irkutsk, otros dicen que hasta los Urales. Este es el único punto de desacuerdo entre las clases poseedoras de Japón. Han buscado toda suerte de pretextos para llevar a cabo esta incursión militar. De hecho ya hace mucho tiempo que el asunto está en marcha. Bajo el zarismo, y más tarde, en la época de Terechenko y Kerensky, Rusia ya se quejaba en documentos confidenciales de los preparativos de Japón para adueñarse de nuestras posesiones en el Extremo Oriente. Y ¿por qué? Simplemente porque esas posesiones era presa fácil. He ahí, en verdad, la esencia del imperialismo internacional. Todas esas bellas frases sobre “la democracia”, “la suerte de las naciones pequeñas”, “la justicia”, “los mandamiento de Dios”, solo son palabras, frases utilizadas para engañar al pueblo; en realidad, las potencias solamente andan a la búsqueda de un botín sin protección que embolsarse. Os digo que esa es la esencia de la política imperialista.

Y así es, camaradas, como al principio, hace seis semanas, los japoneses extendieron por el mundo entero el rumor de que el transiberiano estaba a punto de caer en manos de los prisioneros alemanes y austríacos que, por supuesto, habían sido organizados y armados sobre el terreno, y que 200.000 de ellos solo esperaban la llegada de un general alemán. Incluso se daba el nombre del general, todo estaba perfectamente definido y era completamente exacto. El embajador de Japón en Roma habló de ello, y la noticia de la próxima toma del ferrocarril transiberiano se envió desde las estaciones de radio del cuartel general japonés a través de toda Norteamérica; para desenmascarar a la vista del mundo entero la vergonzosa mentira que se había difundido con el objetivo de preparar una incursión militar de piratería, hice el siguiente ofrecimiento a las misiones militares inglesa y norteamericana: “Confíadnos un oficial inglés y otro norteamericano y los enviaré inmediatamente, acompañados por

representantes de nuestro comisariado de guerra, a lo largo del ferrocarril transiberiano a fin de que puedan ver con sus propios ojos cuántos prisioneros alemanes y austríacos armados hay con el objetivo de apoderarse del transiberiano”

Camaradas, decentemente no podían rechazar esta oferta y los oficiales designados por ellos fueron al transiberiano tras haber recibido por mi parte papeles ordenando a los sóviets de Siberia que les concediesen todas las facilidades para dejarles examinarlo todo, para ver todo lo que quisieran ver, para tener libre y completo acceso a todas partes. Después, todos los días se me enseñaban sus informes enviados por línea directa. Sobra decir que no pudieron encontrar la más mínima huella de prisioneros enemigos armados. Vieron que, al contrario que los ferrocarriles rusos, el transiberiano estaba bien vigilado y marchaba mejor. Solo encontraron 600 prisioneros húngaros que eran socialistas internacionalistas y que se habían puesto enteramente a disposición de las autoridades soviéticas contra todos sus enemigos. Eso es todo lo que encontraron. También quedó absolutamente demostrado que los imperialistas y el cuartel general japonés habían engañado conscientemente y con una criminal intención a la opinión pública a fin de justificar una incursión militar de pillaje en Siberia, a fin de poder decir: los alemanes amenazan el transiberiano y nosotros, los japoneses, lo hemos salvado con nuestra intervención. Pues bien, *ese* subterfugio *les* falló de modo que inventaron otro sobre la marcha. En Vladivostok habían resultado muertos dos o tres japoneses y todavía no se había abierto ninguna investigación sobre este asunto. ¿Quiénes eran los asesinos? ¿Eran agentes japoneses, simples bandidos, espías alemanes o austríacos? Nadie lo sabía todavía. Sin embargo, aunque los habían matado el día 4 de abril, los japoneses desembarcaron sus primeras compañías en Vladivostok el 5 de abril. Desde el momento en que la toma del transiberiano por los alemanes ya no era de ninguna utilidad, la cosa más simple era aprovecharse de la muerte de dos o tres japonés (lo más probable que muertos por orden del mismo estado mayor japonés a fin de crear un pretexto plausible para atacarnos; este tipo de muertes en un rincón oscuro constituye la práctica admitida de la diplomacia capitalista internacional). Pero entonces la cosa se paró bruscamente. Desembarcaron dos compañías e, inmediatamente, se detuvo el desembarco. Agentes ingleses, franceses y norteamericanos se presentaron en nuestro comisariado y declararon: “No existe allí bandidismo, el menor indicio de bandidismo y anexión, es solamente un incidente local, un malentendido local coyuntural”; de hecho parecía que los mismos japoneses dudaban. En primer lugar, su propio país está agotado por el militarismo y una expedición contra Siberia es un asunto importante, complicado y costoso, pues los obreros y campesinos de Siberia, los obstinados y robustos campesinos que yo pude estudiar de bastante cerca hace mucho tiempo y que jamás han conocido la servidumbre, esos obreros y campesinos de Siberia estaba bastante claro que se negarían a dejar que los japoneses los sometiesen sin decir nada. Sería preciso un combate largo y obstinado; y, bien seguro, existe en el mismo Japón un partido que lo teme. Por otra parte, los capitalistas norteamericanos, que están en directa competencia con Japón en las costas del Pacífico, no quieren un reforzamiento de Japón, el enemigo principal.

Esto camaradas nos da ventajas: los bribones y salteadores de camino del mundo se disputan el botín a navajazos. Esta rivalidad entre Japón y Estados Unidos en las costas del Extremo Oriente constituye una gran oportunidad para nosotros pues nos ofrece un respiro, nos da la oportunidad de reunir nuestras fuerzas y esperar el momento en el que la clase obrera europea y mundial se levante para ayudarnos.

En el oeste, camaradas, observamos en estos momentos incluso un nuevo recrudecimiento de la carnicería que dura ya cuarenta y cinco meses. Antes se tenía la impresión que las fuerzas del infierno se habían desatado, que nada más podía ser ya

inventado, que la guerra había llegado a un callejón sin salida. Si los países que se habían enfrentado anteriormente con sus fuerzas todavía intactas no habían podido superarse mutuamente, parecía que ya no había nada que esperar, que no se podía esperar en absoluto la victoria. Pero ciertamente es una maldición del capitalismo que, aunque haya invocado él al demonio de la guerra, es incapaz de exorcizarlo. A la burguesía alemana, por ejemplo, le es imposible presentarse ante sus obreros y decirles: pues bien, hemos llevado adelante esta terrible guerra durante cuatro años; habéis soportado numerosos sacrificios, ¿y qué os ha aportado esta guerra? ¡Nada, nada en absoluto! Igual que la burguesía inglesa tampoco puede dirigirse a sus obreros para presentarles el mismo resultado a cambio de sus sacrificios inauditos.

Por ello, continúan haciendo arrastrarse a esta carnicería, automáticamente, sin objetivo, sin razón, siempre adelante. Igual que una avalancha se precipita a lo largo de la montaña, ellos ruedan cada vez más hacia lo hondo, bajo el peso de sus propios crímenes.

Esto es lo que observamos, una vez más, en el malaventurado suelo de Francia, desangrada. Allí, camaradas, en el suelo francés, el frente es de una naturaleza diferente de la que era en nuestro país. Allí, cada metro ha sido estudiado desde hace mucho tiempo, registrado y marcado en el mapa, cada metro cuadrado marcado de forma distinta. Allí, los colosales medios de destrucción, los monstruosos y gigantescos ingenios de muerte masiva, se han visto reunidos por las dos partes en una escala inconcebible hasta ahora para la más poderosa imaginación.

Camaradas, yo he vivido dos años allí, en Francia, durante la guerra, y recuerdo muy bien esos flujos y reflujos, ofensivas y después largos períodos de espera. Un ejército ante otro, cada uno acosando al otro de cerca, una trinchera frente a otra; todo está calculado, todo está preparado. La opinión pública francesa comienza a impacientarse. Foch, la burguesía y el pueblo en general, comienzan a murmurar: “¿Durante cuánto tiempo aún el frente, esa terrible serpiente, le chupará la sangre a nuestro pueblo? ¿Dónde hay una salida? ¿A qué esperamos? Detengamos la guerra o logremos la victoria tomando la ofensiva y obtengamos la paz. Es una cosa o la otra.” La prensa burguesa se pone entonces a prodigar sus ánimos: “la próxima ofensiva, mañana, pasado mañana, en la próxima primavera, descargará sobre los alemanes el golpe mortal.

Al mismo tiempo, plumas no menos corruptas y mercenarias escribían en la prensa alemana, en beneficio de los obreros y campesinos alemanes, madres, obreros, hermanas, mujeres: “No desesperéis, otra ofensiva más en el frente francés y aplastaremos a Francia y os ofreceremos la paz.” Y hablando de eso, de hecho comenzaba una ofensiva.

Víctimas sin nombre, por centenares, por millares, por millones morían entonces en el corto espacio de algunos días o semanas, y ¿para qué resultado? El resultado era que el frente se desplazaba en un sentido o en otro un quilómetro dos, puede que un poco más, pero los dos ejércitos continuaban, igual que antes, apretujándose uno contra el otro en un mortal abrazo; y esto se había producido ya cinco o seis veces. Así ocurrió en el Marne durante el primer ataque contra París, parecido es lo que ocurrió después en Yser, después en el Somme, Cambrai. La misma cosa sucede ahora en las colosales actuales batallas, tales como jamás se han visto antes en toda la historia. Centenares de millares, de millones de hombres caen allí ahora, en estos momentos se destruye a la flor y nata de la humanidad europea sin sentido ni objetivo. Ello muestra que no hay salvación en la vía que siguen las clases dominantes y sus lacayos, los pseudosocialistas.

Norteamérica entró en la guerra hace ahora más de un año prometiendo ponerle fin en algunos meses. ¿Y qué ha ganado Norteamérica con su intervención? Al principio esperó pacientemente allí abajo, junto al océano; Alemania se enfrentaba a Inglaterra; y después intervino. ¿Para qué? ¿Qué quiere Norteamérica? Norteamérica quiere que Alemania agote a Inglaterra y que Inglaterra agote a Alemania. Después Norteamérica se presentará como la heredera que se adueñará del mundo entero. Entonces, cuando Norteamérica se dio cuenta de que Inglaterra estaba a punto de caer al suelo y Alemania acabar venciendo, Norteamérica dijo: “Vaya, hay que sostener a Inglaterra (igual que la soga sostiene al ahorcado) a fin que se agoten completamente ambas, a fin de quitarle al capital europeo cualquier posibilidad de sostenerse de nuevo sobre sus propias piernas”. En este mismo momento leemos que en Washington, según la nueva ley de conscripción, están llamados a filas un millón y medio de hombres.

Norteamérica pensaba al principio que esto sería un juego de niños, que sería suficiente con conceder un poco de ayuda; pero apenas se puso a andar y la avalancha la arrastró en su curso, y ahora tampoco ella puede parar, también tiene que recoger todos los frutos amargos. Y sin embargo, al principio de la guerra, al principio de la intervención Norteamérica, en enero o febrero del último año, yo mismo presencié en Nueva York una manifestación callejera, una franca revuelta de los obreros norteamericanos causada por la terrible alza de los precios. La burguesía norteamericana ha ganado miles de millones con la sangre de los obreros europeos; pero ¿qué han obtenido el ama de casa o el obrero norteamericano? La porción de escasez y un coste de la vida increíblemente elevado. Lo mismo ocurre en todos los países, gane o pierda la burguesía. Para los obreros, para las masas trabajadoras, el resultado es el mismo; agotamiento de las reservas de víveres, empobrecimiento, esclavitud y opresión acrecidas, accidentes, heridas, enfermedades (todo ello cae sobre las masas populares). La misma burguesía no puede escoger su ruta, precisamente por ello Alemania no nos ha estrangulado por completo. Se ha detenido en el frente este. ¿Por qué? Porque primero tiene que zanjar sus cuentas con Inglaterra y Norteamérica. Inglaterra se ha apoderado de Egipto, Palestina, Bagdad, ha puesto a Portugal bajo su bota, ha estrangulado a Irlanda, pero Inglaterra “se bate por la libertad, la paz, el bienestar de las débiles y pequeñas naciones”. ¿Y Alemania? Alemania ha robado la mitad de Europa, ha suprimido a decenas de pequeños países, se ha apoderado de Riga, Reval y Pskov. Sin embargo, leed sus discursos: ¡declaran que han acordado la paz sobre la base de la autodeterminación de los pueblos! Primero desangran a un pueblo, lo convierten en un cadáver, y después dicen: ahora debe autodeterminarse para que Alemania pueda poner sus manos sobre él.

Ahí tenéis la posición de la revolución rusa, de la república soviética rusa, de los peligros que la amenazan por todas partes: en el este está el peligro japonés, en el oeste el peligro alemán, y, evidentemente, tenemos por delante, aunque menos cercanos, los peligros norteamericano e inglés. A todos esos fuertes y poderosos bandidos no les molestaría nada despedazar a Rusia, y si, en la hora actual, tenemos algunas garantías contra ello, esas garantías se apoyan en el hecho que esos países no podrían llegar a un acuerdo entre ellos, que Japón está obligada a continuar una lucha velada y subterránea contra una gran potencia como es los Estados Unidos mientras que Alemania está forzada a llevar adelante su sangrienta lucha abierta contra los Estados Unidos e Inglaterra juntos.

Y así, camaradas, mientras los bandidos mundiales se dan puñetazos en este último round convulso, un pueblo honesto tiene la posibilidad de descansar un poco, de recuperarse, reponerse y armarse a la espera de la hora en que la clase obrera descargue sobre esos bandido del mundo el golpe mortal.

Desde los primeros días de la revolución dijimos ya que la revolución rusa solo sería capaz de triunfar y liberar al pueblo ruso con la condición de que marcara el inicio de una revolución en todos los países, pero que si en Alemania el capital continuaba reinando, que si en Nueva York se mantenía la supremacía de la bolsa, que si en Inglaterra el imperialismo británico conservaba el poder, como ha ocurrido hasta ahora, entonces, entonces ellos nos doblegarían pues son más fuertes, más ricos y también están más instruidos que nosotros, y su maquinaria militar es más poderosa que la nuestra. Nos estrangularán porque, en primer lugar, son los más fuertes y, en segundo lugar, nos odian. Nos sublevamos, derrocamos en nuestro país a la burguesía. Esta es la fuente del odio que sienten hacia nosotros las clases poseedoras de todos los países. No se puede comparar a nuestra burguesía con la burguesía alemana o inglesa. Allí se trata de una clase poderosa, con un pasado propio, que tiene tras de sí una época en la que realizaba conquistas culturales, desarrollaba la ciencia y pensaba que nadie más que ella podía detentar el poder, que nadie más que ella podía gobernar el estado.

Toda burguesía digna de ese nombre piensa que es la misma naturaleza la que la ha destinado a dominar, a mandar, a cabalgar a lomos de las masas trabajadoras mientras que el obrero vive, día tras día, bajo el yugo y su horizonte se mantiene estrecho; con la leche materna ha bebido sus prejuicios de esclavo y cree que gobernar el estado, tomar el poder, está muy lejos de sus posibilidades, que no ha sido concebido para eso, que está hecho de una substancia demasiado pobre.

Pero mirad, he aquí que los obreros y campesinos de Rusia han dado el primer paso, un buen paso, un paso firme, aunque solo sea un primer paso, para acabar con las clases poseedoras, en su propio país como también en los otros. Han demostrado que las masas trabajadoras están hechas del mismo material que todo el mundo y que pueden detentar en sus manos todo el poder y gobernar todo el país. Por supuesto que cuando la burguesía ha visto que al tomar el poder éramos absolutamente serios, ha visto lo que queríamos hacer, destruir realmente la dominación del capital y poner fin a la dominación sobre el trabajo, su odio hacia nosotros ha aumentado prodigiosamente. Al principio, las clases poseedoras, los explotadores, creyeron que solo se trataba de un malentendido temporal, que solamente era una oleada aislada de la revolución que nos había conferido un importante impulso, y nos había elevado, como por accidente, que los trabajadores se habían apoderado del poder solo por un momento y que todo eso acabaría en una semana o dos, o tres. Pero un poco más tarde comenzaron a ver que los trabajadores se mantenían firmemente en sus nuevos puestos y que, al mismo tiempo que decían que los tiempos eran duros, que todavía les esperaban las mayores pruebas, las mayores ruinas, un hambre aún más intensa, sin embargo, una vez tomado el poder, ¡nunca lo dejarán escapar de sus manos!

La burguesía de todos los países comenzó entonces a darse cuenta de que, desde el este, desde Rusia, se extendía una peligrosa infección. En efecto, una vez que el obrero ruso, el más ignorante, el más superexplotado, el más extenuado de todos, tomó el poder en sus manos, los de los otros países debían necesariamente decirse tarde o temprano: si los obreros rusos, que son de lejos los más pobres, los más débiles, los menos organizados con diferencia en comparación con nosotros, si esos obreros pueden tomar el poder en sus manos, entonces, si nosotros obreros del mundo entero, más avanzados que ellos, cogemos el bastón ruso, entonces nosotros derrocaremos a nuestra propia burguesía y organizaremos toda la industria, entonces en verdad seremos invencibles y crearemos una república universal del trabajo.

Sí, camaradas, se nos teme; nos erguimos ante la conciencia de las clases poseedoras como un fantasma. Los imperialistas ingleses combaten a los imperialistas alemanes, pero, de vez en cuando, lanzan una ansiosa mirada con la intención de asir a

la revolución rusa por la garganta. De la misma forma, el imperialismo alemán, por más encadenado que esté a sus enemigos, no puede impedir lanzar de vez en cuando una furtiva mirada, de tratar de encontrar una ocasión favorable para apuñalarnos en el corazón. Los imperialismos de todos los otros países tienen la misma idea en la cabeza. Al respecto no existen diferencias nacionales, pues los intereses comunes de esos bandidos, de esas bestias de presa, los unen contra nosotros, y dejadme recordaros, camaradas, que siempre hemos dicho que si la revolución no se extendía a otros países seríamos aplastados, a fin de cuentas, por el capitalismo europeo. No habrá escapatoria posible y nuestra tarea, en la hora actual, es ganar tiempo, mantenernos hasta que la revolución comience en todos los países de Europa; mantener, consolidar nuestras fuerzas y mantenernos de pie más sólidamente, pues en la hora actual somos débiles, estamos destrozados y moralmente debilitados.

Sabemos nuestros propios errores y no necesitamos críticas del exterior, de la burguesía y los conciliadores que han minado el estado y la vida económica rusos, sus críticas no valen ni un céntimo. Pero necesitamos nuestras propias críticas a fin de entender nuestros propios errores. Y, al respecto, ante todo hay que decir lo que sigue: la clase obrera rusa, el pueblo trabajador de Rusia, debe entender que una vez tomado el poder en el estado asume la responsabilidad del destino del país entero, de la vida económica al completo, de todo el estado.

Evidentemente, incluso ahora, la burguesía y sus lacayos intentan todavía ponernos palos en las ruedas. Así que cada vez que se nos crucen en el camino tendremos que seguir apartándolos como hasta ahora. En Orenburg, de nuevo envían a sus Dutov contra nosotros; Kornilov también trata de atacar Rostov. Trataremos sin piedad a las bandas de guardias blancos burgueses. Es una evidencia para cada uno de nosotros. En este dominio no habrá ningún cambio en nuestra táctica. Si la burguesía espera aún volver al poder le haremos perder las esperanzas de una vez por todas. Si se levanta, la tumbaremos, y si se rompe el cuello, peor para ella. Es su problema. Está advertida.

Le ofrecemos lo mismo que a los demás, el deber universal del trabajo, el régimen del trabajo sin oprimidos ni opresores, y si ello no le interesa, si continúa sublevándose, el poder de los sóviets debe usar contra ella diversas medidas de represión.

Pero, camaradas, justamente porque, como un solo hombre, no queremos permitir la restauración del poder de la burguesía, de los propietarios terratenientes, de la burocracia y, además, porque estamos dispuestos a alzarnos por el poder de la clase obrera y de los campesinos pobres hasta la última gota de nuestra sangre, debemos decirnos que a partir de hoy cargamos sobre nuestros hombros con la tarea más pesada, y que, por tanto, debemos establecer en nuestro país un orden estable, un nuevo régimen del trabajo. Hemos heredado del pasado, del zarismo, de la guerra, del período de Miliukov-Kerensky, ferrocarriles completamente dislocados, fábricas dislocadas, igual que todas las ramas de la vida económica y social, y tenemos que volver a poner todo eso en funcionamiento pues somos responsables de todo ello.

Los sóviets, los sindicatos, las organizaciones campesinas, tales son en la actual hora los dueños del país. Antes, camaradas, vivíamos bajo el látigo, el látigo de la burocracia; pero ese látigo ya no existe. Solo hay organizaciones de obreros y campesinos pobres, y esas organizaciones deben enseñarnos a todos, a fin que lo sepamos y no lo olvidemos, que cada uno de nosotros no es una unidad aislada, sino que ante todo es un hijo de la clase obrera, una parte de la gran asociación común cuyo nombre es “Rusia trabajadora”, y que solo puede salvarse mediante el trabajo en común. Cuando los ferroviarios transportan subrepticamente un cargamento; cuando algunos

sujetos roban los depósitos, o en general la propiedad del estado, tenemos que denunciarlo como el mayor de los crímenes contra nuestro pueblo, contra la revolución. Tenemos que montar la guardia día y noche y decirles a esa especie de renegados: “¡Estás robando a las clases que no poseen nada, no a la burguesía, sino a ti mismo, a tu propio pueblo!” En la hora actual cada uno de nosotros, sea cual sea el lugar que ocupa, en una fábrica o en los ferrocarriles, debe considerarse en todas partes como un soldado que ha sido situado allí por el ejército de los trabajadores, por su propio pueblo, y cada uno de nosotros debe cumplir su deber hasta el final.

Esta nueva disciplina del trabajo, camaradas, tenemos que crearla cueste lo que cueste. La anarquía nos destruirá, el orden del trabajo nos salvará. En las fábricas tenemos que instaurar tribunales elegidos para castigar a los gandules. Ahora que se ha convertido en el dueño de su país, cada obrero debe acordarse claramente de su deber de trabajador y de su honor de trabajador. Cada uno de nosotros debe cumplir una sola y misma obligación: “Trabajo determinado número de horas al día con toda la energía y aplicación de la que soy capaz, pues ahora mi trabajo sirve al bien común. Trabajo para equipar a los campesinos con los instrumentos de trabajo necesarios. Creo para ellos trilladoras, hoces, clavos, herraduras, todo lo que es necesario para la agricultura, y el campesino debe suministrarme el pan.”

Aquí, camaradas, abordamos la cuestión del trigo, el problema más crucial para nosotros en este momento. Nos falta trigo. Las ciudades sufren hambre, sin embargo la burguesía, los usureros, han concentrado en sus manos en las provincias de Tula, Orel y Kursk, o en otras provincias, enormes cantidades de trigo, decenas de millares de pud de trigo, y se niegan resueltamente a cederlo, se aferran a él, resisten todas las tentativas de requisar.

Dejan que se pudra el trigo mientras que en las ciudades y provincias sin trigo los obreros y campesinos se mueren de hambre. En la hora actual, la burguesía de las aldeas está a punto de convertirse en el principal enemigo de la clase obrera. Con el hambre, quiere echar abajo las resoluciones de los sóviets a fin de usurpar la tierra. Los usureros de los pueblos, esos vampiros, comprenden que la revolución socialista significa la muerte para ellos. Son muchos esos usureros de aldea, en las diversas partes del país, y nuestra tarea en el presente momento es mostrarles a los campesinos pobres, en todas partes, que sus intereses se oponen mortalmente a los de los campesinos ricos y que si los usureros de pueblo ganan se apoderarán de toda la tierra, y aparecerán nuevos señores que ahora no pertenecerán a la nobleza, sino a la clase de los usureros de aldea. Es necesario que en los pueblos los campesinos pobres se unan con los obreros de las ciudades contra la burguesía de la ciudad y la aldea, contra los usureros de pueblo, contra esos vampiros. Esos usureros acaparan el trigo, acumulan el dinero y tratan de apoderarse de toda la tierra; si lo logran será el fin de los campesinos pobres y de la revolución entera. Advertimos a los usureros que seremos implacables con ellos. Pues de lo que se trata aquí es de avituallar a las ciudades, no permitir que las provincias desprovistas de pan se vean privadas del pan de cada día. Teniendo en cuenta que se trata de una cuestión de vida o muerte para los trabajadores, no toleraremos ninguna broma. No nos detendremos ante los intereses de la burguesía del campo, sino que, junto a los pobres de las ciudades y el campo, pondremos resueltamente la mano sobre la propiedad de diversas capas de la burguesía del campo y les requisaremos sus reservas de trigo por la fuerza, sin compensaciones, para alimentar a los pobres de las ciudades y el campo.

Pero a fin de ejecutar una política firme con nuestros enemigos tenemos que introducir un orden firme en nuestras propias filas. El hecho es, camaradas, que han aparecido en el seno de sectores de la clase obrera desprovistos de educación mucha

frivolidad, inexperiencia y deshonestidad. No debemos cerrar los ojos ante esta realidad. Algunos obreros dicen: “¿Por qué tengo que obrar lo mejor que pueda ahora? Toda anda revuelto y que yo trabaje duro o no, eso no cambiará nada.” Semejante actitud es criminal. Tenemos que reforzar entre nosotros la noción de responsabilidad, a fin que cada uno de nosotros diga: “Si no cumplo con mi deber, toda la maquinaria funcionará aún peor.” Todo el mundo debe crear un sentido de la disciplina del trabajo, del deber del trabajo, y unir a ello el sentido de la responsabilidad. He sido mandado por el comité central ejecutivo para emprender la tarea de crear un ejército debidamente equipado para la Rusia socialista. Pero el Ejército Rojo será impotente, tres veces impotente, si nuestros ferrocarriles funcionan mal, si nuestras fábricas están en ruinas, y si el alimento no llega ni a las aldeas ni a las ciudades.

Es necesario ponerse al trabajo, concienzuda y honestamente, para reforzar por todas partes a la Rusia soviética. Debe establecerse en todas partes un riguroso orden. Nuestro Ejército Rojo debe impregnarse del nuevo propósito de ser la vanguardia en armas del pueblo trabajador. El Ejército Rojo tiene como misión defender la autoridad del estado de los obreros y campesinos. Es la más alta misión que quepa. Y para cumplir tal misión es necesaria la disciplina, una disciplina firme, una disciplina de hierro. Anteriormente existía una disciplina para la defensa del zar, de las propiedades terratenientes, de los capitalistas, pero ahora cada soldado rojo debe decirse que la nueva disciplina está al servicio de la clase obrera, y, con vosotros, camaradas, introduciremos un [nuevo juramento socialista soviético](#), no en nombre de Dios y del zar, sino en nombre del pueblo trabajador, un juramento en el que cada soldado se comprometerá, en caso de violación de los derechos del pueblo trabajador, incursión o ataque contra esos derechos, contra el poder del proletariado y de los campesinos pobres, a estar dispuesto a batirse hasta la última gota de su sangre. Y vosotros, todos vosotros, toda la clase obrera, será testigo de ese juramento, testigo y participante en ese solemne voto.

El 1º de Mayo se acerca, camaradas, y en esta ocasión volveremos a reunirnos con el Ejército Rojo en grandes mítines, y haremos el balance de lo hecho y determinaremos qué queda por hacer. Y queda mucho por hacer todavía.

Camaradas, para preparar el 1º de Mayo, el gobierno soviético ha decretado, allí donde sea posible, quitar de las calles los viejos monumentos zaristas, los viejos ídolos de piedra y de metal que nos recuerdan nuestra pasada esclavitud. Y a partir de ahí nos esforzaremos camaradas en erigir en nuestras calles, en un próximo futuro, nuevos monumentos, monumentos al trabajo, monumentos a los obreros y campesinos, monumentos que recuerden a cada uno de nosotros: mirad, eráis esclavos, no eráis nada, y en el presente tenéis que alzaros alto, tenéis que instruiros, tenéis que convertirnos en los dueños de la vida.

Ya que, camaradas, la desgracia de las mujeres no es solamente estar mal alimentadas, mal vestidas (por supuesto que estas son las mayores), sino que también son que no les está permitido elevarse mentalmente, estudiar, desarrollarse. Hay muchos valores espirituales, sublimes y bellos. Están las ciencias y las artes, y todo ello es inaccesible para los trabajadores, porque los obreros y campesinos se ven obligados a vivir como forzados, uncidos a su carretilla. Sus pensamientos, su conciencia, sus sentimientos deben ser liberados.

Tenemos que cuidar que nuestros hijos, nuestros jóvenes hermanos, tengan la posibilidad de acceder a todas las conquistas del espíritu, a las artes y las ciencias, y que puedan vivir como le corresponde a un ser humano que se proclama “señor de la creación”, y no como hasta ahora como un miserable esclavo, aplastado y oprimido. He ahí todo lo que nos recordará el 1º de Mayo cuando nos reunamos con el Ejército Rojo y

declaremos: hemos tomado el poder en nuestras manos y no los abandonaremos, y ese poder no es para nosotros un fin en sí mismo, sino un medio, un medio para otro gran objetivo: reconstruir enteramente la vida, hacer accesibles al pueblo entero todas las riquezas, todas las posibilidades de bienestar; establecer, por fin, por primera vez, un orden tal sobre la tierra que acabe, por una parte, con el hombre encorvado y oprimido y, por otra parte, con el que vive a costa de sus semejantes; establecer sólidamente un sistema económico fraternal cooperativo, un partido del trabajo en común, para que todos trabajen por el bien común, para que todo el pueblo pueda vivir como una familia honesta, afectuosa y unida.

Todo ello solo podremos hacerlo, y lo haremos completamente, cuando la clase obrera europea nos apoye.

Camaradas, seríamos miserables, hombres ciegos y de poca fe, si, incluso por un solo día, perdiésemos nuestra convicción que la clase obrera de los otros países acudirá en nuestra ayuda y, siguiendo nuestro ejemplo, se levantará y llevará nuestra tarea a buen fin. No tenéis más que recordar lo que las masas trabajadoras están a punto de vivir en estos momentos, las masas de soldados de Alemania en el frente oeste, donde causa estragos una ofensiva de infierno, donde millones de nuestros hermanos perecen en cada lado del frente. ¿Acaso no corre la misma sangre por nuestras venas que por las venas de los obreros alemanes? ¿Acaso las viudas alemanas no lloran exactamente de la misma forma cuando sus maridos perecen, o los huérfanos cuando sus padres caen muertos? La misma pobreza, la misma hambre acecha allí; los mismos lisiados infelices vuelven de las trincheras a sus ciudades y aldeas y vagan como miserables sombras extenuadas. En todas partes la guerra produce las mismas consecuencias. La necesidad y la pobreza se enseñorean de todos los países. Y al fin de cuentas el resultado final será en todas partes el mismo: el levantamiento de las masas trabajadoras.

La tarea de la clase obrera alemana es más difícil que la nuestra porque el aparato del estado alemán es más fuerte que el nuestro, está hecho con materiales más resistentes que los que componían el de nuestro zar, de bendita memoria. Allí los nobles, los capitalistas, son ladrones como los nuestros, también tan crueles, solamente que no son borrachos, vagos, malversadores de fondos públicos, sino que son ladrones eficaces, ladrones inteligentes, ladrones serios. Allí, han construido una sólida caldera estatal sobre la que las masas trabajadoras ejercen presión desde todas partes, una caldera hecha con material resistente, y la clase obrera alemana tendrá que producir una gran cantidad de vapor antes de que explote. El vapor se acumula ya, como se acumulaba aquí, pero, como la caldera es más sólida, hace falta más vapor. Sin embargo, llegará el día en que explote la caldera, y entonces la clase obrera cogerá una escoba de hierro y comenzará a barrer la podredumbre de todos los rincones del imperio alemán actual, y lo hará con la determinación y firmeza alemanas, aunque nuestros corazones se alegrarán viendo cómo lo hace.

Pero mientras, decimos: “Atravesamos tiempos difíciles, tiempos que exigen coraje por nuestra parte, pero estamos dispuestos a sufrir el hambre, el frío, la lluvia y muchas otras calamidades y desventuras, porque solo somos una parte de la clase obrera mundial y luchamos por su completa emancipación. Y venceremos, camaradas; proseguiremos la lucha hasta la victoria final, repararemos las vías férreas, las locomotoras, le daremos una base sólida a la producción, enderezaremos la situación del avituallamiento; solamente haremos todo lo que sea necesario si mantenemos en nuestros cuerpos un espíritu sereno y un corazón resuelto y fuerte. Mientras nuestro espíritu viva, la tierra rusa estará segura y la república soviética se mantendrá sólidamente.”

Acordémonos, camaradas; y recordemos a los menos conscientes de entre nosotros que somos como una ciudad en una montaña, y que los obreros de todos los países no miran y preguntan, manteniendo el aliento, si nos hundiremos o no, si fracasaremos o si mantendremos nuestras posiciones. Y nosotros, por nuestra parte, les gritaremos: “Os juramos que mantendremos nuestras posiciones, que no fracasaremos, que seguiremos en el poder hasta el fin. Pero vosotros, obreros de todos los países, vosotros, hermanos, no agotéis nuestra paciencia, apresuraos, detened la masacre, derrocad a la burguesía, tomad el poder en vuestras manos, y entonces transformaremos el mundo entero en república mundial del trabajo. Todas las riquezas terrenales, todas las tierras y mares, todo será propiedad común de toda la humanidad, sean cuales sean los nombres de sus componentes: inglés, ruso, francés, alemán, etc... Crearemos un solo estado fraternal: la tierra que la naturaleza nos ha ofrecido. Trabajaremos y cultivaremos esa tierra de acuerdo con los principios de asociación, la transformaremos en un jardín florido, donde nuestros hijos, nuestros nietos y nuestros bisnietos vivirán como en un paraíso. Hubo un tiempo en el que la gente creía en las leyendas que hablaban de un paraíso. Eran sueños vagos y confusos, la aspiración del alma del hombre oprimido a una vida mejor. Era la aspiración a una vida más pura, más justa; y el hombre decía: “este paraíso debe existir al menos en el “otro mundo”, un país desconocido y misterioso.” Pero nosotros decimos: nosotros vamos a crear tal paraíso con nuestras manos trabajadoras **aquí**, en **este** mundo, en la **tierra**, para todos, para nuestros hijos y nietos y para toda la eternidad.

La presidencia: Es evidente que no hay ninguna oposición. El camarada Trotsky responderá a las preguntas.

Camaradas hay un gran número de preguntas pero solo responderé a las que tienen un interés general.

Pregunta: “¿Es cierto que queréis introducir la jornada de trabajo de diez horas?”

No, camaradas, no es cierto. Aunque esa sea una noticia difundida por radio por los mencheviques y S-R de derechas, sin embargo es una mentira. Ocurrió lo siguiente: en uno de mis mítines dije “evidentemente, si trabajamos ahora todos conscientemente ocho horas al día, como se debe hacer, y si metemos en cintura a la burguesía también, y a quienes nos destruían ayer, según el estricto principio del servicio del trabajo, podremos elevar la prosperidad de nuestro país a un alto nivel en un muy corto lapso de tiempo. Es necesario, dije, desarrollar entre nosotros el sentimiento de nuestra responsabilidad sobre el destino de todo el país, y trabajar con todas nuestras fuerzas, sin reposo ni prisas, como en una familia, por ejemplo, donde nadie riñe a causa del trabajo que hay que hacer. Si es una buena familia, una honesta familia, sus miembros no dirán: “Hoy yo he trabajado más que tu”. Si un miembro de la familia tiene más fuerza, trabajará más duro. Al mismo tiempo, cada uno trabaja de tal forma que, si es necesario, trabajará incluso a veces dieciséis horas al día, puesto que no trabaja para un amo, para un capitalista, sino para sí mismo. He ahí cómo nació la afirmación de que yo quería substituir la jornada de trabajo de ocho horas por una de diez e, incluso, dieciséis. Es un absurdo puro y simple. Decimos: esto no es necesario. Será bastante con que podamos establecer, con los sindicatos y sóviets, una disciplina bastante firme para que cada uno trabaje ocho horas, (en ningún caso más, e incluso lo antes posible siete horas) y que el trabajo se haga verdaderamente a conciencia, es decir que cada parcela de tiempo de trabajo esté realmente llena de trabajo, que cada uno sepa y recuerde que

trabaja para una asociación común, para un fondo común, he ahí hacia lo que tienden nuestros esfuerzos, camaradas.

También me preguntan después:

“¿Os proclamáis comunistas socialistas y, sin embargo, fusiláis y encarceláis a vuestros camaradas los comunistas anarquistas?”

Es una cuestión, camaradas, que exige realmente ser aclarada, una cuestión seria, sin duda alguna. Nosotros, comunistas marxistas, estamos profundamente en desacuerdo con la doctrina anarquista. Esta doctrina es errónea, pero eso no podría justificar de ninguna manera los arrestos y encarcelamiento, por no hablar incluso de las ejecuciones.

En primer lugar explicaré con algunas palabras donde radica el error de la doctrina anarquista. El anarquista declara que la clase obrera no necesita el poder del estado; lo que necesita es organizar la producción. El poder del estado, dice, es un servicio burgués. El poder del estado es una máquina burguesa, y la clase obrera no debe tenerlo en sus manos. Es una concepción completamente falsa. Cuando se organiza la vida económica en una aldea, o más generalmente en pequeños territorios, no se requiere, en efecto, ningún poder estatal. Pero cuando se organiza un sistema económico para toda Rusia entera, para un gran país (y a pesar de lo que nos han robado todavía somos un gran país), se necesita un aparato de estado, un aparato que hasta ahora estaba en manos de la clase hostil que explotaba y robaba a los trabajadores. Decimos: a fin de organizar la producción de una manera nueva, es necesario arrancar el aparato de estado, la máquina gubernamental, de manos del enemigo y apoderarnos de ella. De lo contrario no llegaríamos a nada. ¿De dónde provienen la explotación, la opresión? Proviene de la propiedad privada de los medios de producción. ¿Y quién combate a su favor, quién la sostiene? El estado durante tanto tiempo como esté en manos de la burguesía. ¿Quién puede abolir la propiedad privada? El estado en cuanto caiga en manos de la clase obrera.

La burguesía dice; no toquéis el estado, es un derecho hereditario sagrado de las clases “educadas”. Y los anarquistas dicen: no lo toquéis, es un invento infernal, una máquina del diablo, no os acerquéis”. La burguesía dice: no lo toquéis, es sagrado; los anarquistas dicen: no lo toquéis, está maldito. Uno y otros dicen: no lo toquéis. Pero nosotros decimos: no solo lo tocaremos sino que nos apoderaremos de él y lo haremos funcionar para nuestros intereses, para la abolición de la propiedad privada, para la emancipación de la clase obrera.

Pero, camaradas, por falsa que sea la doctrina de los anarquistas, es perfectamente inadmisibles perseguirlos por ella. Muchos anarquistas son campeones de la clase obrera completamente honestos solo que no saben cómo abrir el cerrojo, cómo abrir la puerta del reino de la libertad, y se amontonan en la puerta, se golpean con los codos unos a otros, incapaces de adivinar cómo gira la llave. Pero esta es su desgracia, no su falta (no es un crimen y no deben ser castigados por ello).

Pero, camaradas, durante el período de la revolución (cada uno lo sabe y el idealista anarquista honesto mejor que nadie), han acudido en tropel todas suerte de maleantes, delincuentes habituales, ladrones y salteadores nocturnos. Un tipo que ayer mismo acabó de cumplir su condena de trabajos forzados por violación, o de cárcel por robo, o que fue deportado por bandolero, declara ahora: “Soy un anarquista, un miembro del club”; del club “El Cuervo”, del club “Tempestad” o “Tormenta”, o “Lava”, etc... numerosos nombres, muy numerosos nombres. Camaradas, he hablado con anarquistas idealistas y ellos mismos dicen: “Muchos de esos delincuentes habituales, de esos maleantes y criminales, se han introducido en nuestro movimiento...”

Sabéis todos lo que pasa en Moscú. Calles enteras están obligadas a pagar tributo. Se toman edificios enteros pasando por encima de los sóviets, de las organizaciones de trabajadores. Y cuando los sóviets ocupan un edificio esos maleantes disfrazados de anarquistas irrumpen en él, instalan ametralladoras y se apoderan de vehículos blindados e incluso de artillería. En sus guaridas se ha descubierto una gran cantidad de botín, montones de oro. Simplemente son saqueadores y ladrones que ponen en aprietos a los anarquistas. El anarquismo es una idea, aunque errónea, pero el vandalismo, el vandalismo es el vandalismo; y nosotros les hemos dicho a los anarquistas: trazad una línea estricta entre vosotros y los ladrones pues no existe mayor peligro para la revolución que el de que se empiece a pudrir en el punto que sea, pues a continuación se desintegra todo el tejido de la revolución. El régimen soviético debe tener una firme textura. No hemos tomado el poder para saquear como salteadores o ladrones, sino para introducir una disciplina de trabajo colectivo, una honesta vida laboral.

Yo mantengo que las autoridades soviéticas actuaron muy correctamente diciéndoles a los pseudoanarquistas: “No penséis que vuestro reinado ya ha llegado, no penséis que ahora el pueblo ruso o el estado soviético es carroña sobre la que pueden posarse los cuervos para picotearla y desmembrarla. Si queréis vivir con nosotros, bajo los principios del trabajo colectivo, acatad la disciplina soviética común de la clase trabajadora, igual que hemos hecho nosotros. Si os interponéis en nuestro camino no nos echéis en cara que el gobierno de los trabajadores, el poder soviético, os trate sin miramientos”.

Si los pseudoanarquistas o vándalos, por decirlo francamente, intentan en un futuro actuar de igual forma, el segundo escarmiento será tres, diez veces más duro que el primero. Se dice que entre esos maleantes hay unos pocos que son anarquistas honestos; si es cierto (y da la impresión de serlo en lo tocante a unos pocos hombres), resulta verdaderamente lastimoso y es necesario devolverles lo más pronto posible la libertad. Es preciso expresar nuestras más sinceras disculpas pero también, al mismo tiempo, decirles: “camaradas, anarquistas, para que en un futuro no vuelvan a producirse errores de este tipo, tenéis que dibujar una especie de línea divisoria entre vosotros y esos maleantes, una línea firme para que no se mezclen unos con otros, para que se pueda saber de una vez que este es un ladrón y este un idealista honrado...”

[Se produce una conmoción con ruidos y una confusión general que interrumpe al orador]

La presidencia: “no ha pasado nada extraordinario, unos quince anarquistas nos han dejado en señal de protesta
Orden, camaradas”

Bien, camaradas, hemos visto ahora mismo el ejemplo de cómo un pequeño grupo de hombres puede perturbar la solidaridad y el orden. Estábamos discutiendo tranquilamente nuestros problemas comunes. El estrado estaba a disposición de quien quisiera. Los anarquistas tenían derecho a pedir su turno de palabra y hablar si querían. Yo he hablado de los verdaderos anarquistas sin animosidad ni resentimientos, como puede atestiguar todo el mundo; es más, he dicho que entre los anarquistas hay muchos amigos de la clase trabajadora que están en un error, que no deben ser detenidos ni fusilados. ¿Contra quién he hablado con rencor? Contra los maleantes que se ocultan tras la careta de anarquistas a fin de destruir el orden, la vida y el trabajo de la clase obrera. No sé a qué bando pertenecen esas personas para pensar que se podía crear en una asamblea muy concurrida una escena de provocación de este tipo, que os ha

asustado a muchos de vosotros y que ha introducido la confusión y el caos en nuestra asamblea popular.

También me preguntan, camaradas: “*¿Por qué se ha abandonado el principio de elección en el servicio militar?*”

Consagraré algunas palabras a responder a esta pregunta. En nuestro viejo ejército, que habíamos heredado del zarismo, era necesario despedir a los viejos jefes, a los generales y coroneles, pues en su mayor parte habían sido útiles en manos de una clase que nos era hostil, en manos del zarismo y de la burguesía. Por ello, cuando hizo falta que los obreros-soldados y los campesinos-soldados eligiesen a sus propios mandos, no eligieron a jefes militares, sino simplemente a representantes aptos para defenderlos de los ataques de las clases contrarrevolucionarias. ¿Pero ahora, camaradas, ahora que estamos a punto de construir el ejército? ¿La burguesía? No, los sóviets de obreros y campesinos, es decir las mismas clases que componen el ejército. Allí no es posible la lucha interna. Tomemos el ejemplo de los sindicatos. Los obreros metalúrgicos eligen a su comité, y el comité a un secretario, un empleado de la oficina y determinado número de otras personas que son necesarias. ¿Ha ocurrido alguna vez que los obreros se pregunten: por qué nuestros empleados y nuestros tesoreros son designados y no elegidos? No, ningún trabajador inteligente dirá eso. Si no el comité respondería: “habéis elegido al comité vosotros mismos, si desconfiáis de nosotros, destituidnos, pero una vez que nos habéis encargado de la dirección del sindicato, dadnos la posibilidad de escoger al empleado o al tesorero, pues somos mejores jueces que vosotros en ese dominio, y si nuestra forma de llevar los asuntos es mala, entonces sacadnos y elegid otro comité.” El gobierno soviético está en la misma situación que el comité de un sindicato. Es elegido por los obreros y campesinos, y podéis, en no importa qué momento, en un congreso panruso de los sóviets, destituirlo y designar a otro. Pero una vez que lo habéis elegido debéis darle el derecho a escoger a los especialistas, técnicos, empleados, secretarios en el más amplio sentido de la palabra, y en particular en los asuntos militares. Pues ¿es posible que el gobierno soviético designe a especialistas militares contra los intereses de las masas trabajadoras y campesinas? Por otra parte, no hay ahora otro medio, no hay otro medio posible, que el de la designación. El ejército está todavía en el estado de formación. ¿Cómo los soldados que acaban de entrar en el ejército podrían escoger a sus jefes? ¿Tienen un voto precedente para guiarse? No lo tienen y, por tanto, las elecciones son imposibles.

¿Quién designa a los mandos? Los designa el gobierno soviético. Se llevan registros de los exoficiales y de las personas prominentes de entre las tropas y suboficiales que han demostrado su capacidad. Los candidatos reciben su nominación teniendo en cuenta ese registro. Si representan un peligro, existen comisarios que los vigilan. ¿Qué es un comisario? Los comisarios son escogidos entre los bolcheviques y los S-R de izquierda, es decir en el seno de los partidos de la clase obrera y del campesinado. Esos comisarios no intervienen en los asuntos militares. De esos asuntos se encargan especialistas militares, pero los comisarios mantienen los ojos vigilantes sobre ellos a fin que no se aprovechen de su posición para dañar los intereses de los obreros y campesinos. Y los comisarios son investidos con amplios poderes de control y prevención de los actos contrarrevolucionarios. Si el jefe militar da una orden dirigida contra los intereses de los obreros y campesinos, el comisario dirá ¡alto!, y a continuación se encargará de la orden y del jefe militar. Si el comisario actúa injustamente, responderá por ello en estricto acuerdo con la ley.

Durante el primer período, camaradas, hasta octubre y durante el mes de octubre, nos batimos por el poder de las masas trabajadoras. ¿Quién se interpuso en nuestro camino? Entre otros, los generales, los almirantes, los burócratas saboteadores. ¿Qué

hicimos? Los combatimos. ¿Por qué? Porque la clase obrera marchaba hacia el poder y nadie debía atreverse a impedirle que lo tomase. Ahora el poder está en manos de la clase obrera. Y por eso decimos: “sed gentiles y marchad, señores saboteadores, y poneos al servicio de la clase obrera.” Queremos hacerles trabajar pues representan también determinado capital. Han aprendido algunas cosas que nosotros no hemos aprendido. El ingeniero civil, el médico, el general, el almirante, todos ellos han estudiado cosas que nosotros no hemos estudiado. Sin el almirante no podríamos gobernar un barco; no sabríamos curar a un enfermo sin el médico, y sin el ingeniero no sabríamos construir una fábrica. Y les decimos a todas esas personas: “necesitamos vuestro saber y os tomaremos al servicio de la clase obrera.” Y se darán cuenta de que si trabajan honestamente, rindiendo lo mejor de sus posibilidades, tendrán las máximas oportunidades en su trabajo y nadie les molestará. Por el contrario: la clase obrera es una clase suficientemente madura, y les facilitará toda asistencia posible en su trabajo. Pero si tratan de servirse de sus puestos en interés de la burguesía y contra nosotros, les recordaremos octubre y otros días.

El orden social que estamos a punto de establecer es un orden social del trabajo, un régimen de la clase obrera y de los campesinos pobres. Necesitamos a cada especialista y cada intelectual, si no es un esclavo del zar y de la burguesía, y si es un trabajador capaz, puede venir a nosotros, lo recibiremos con los brazos abiertos y con honestidad. Trabajaremos con él hombro con hombro, pues servirá al dueño de su país, a la clase obrera. Pero, en cuanto a aquellos que intrigan, sabotean, que permanecen ociosos y que llevan una vida de parásitos, camaradas, dadnos solamente la posibilidad de poner en orden nuestra organización y pondremos inmediatamente en práctica una ley concerniéndoles: aquel que no trabaje, que resista y saboteé, ese no comerá. Confiscaremos las cartillas de pan a todos los saboteadores, a todos aquellos que minan la disciplina de trabajo en la república soviética.

También me preguntan:

“¿Por qué no se introduce el comercio libre del trigo?”

Si en el momento actual introdujésemos el comercio libre del trigo, en quince días tendríamos que enfrentarnos al terrible fantasma del hambre. ¿Qué pasaría? Hay provincias donde existen grandes cantidades de trigo, pero donde la burguesía campesina no lo vende ahora a los precios fijados. Si los precios quedasen libres de todo control, todos los especuladores, todos los negociantes, se lanzarían sobre las provincias productoras de trigo, y los precios del trigo subirían en pocos días en varias veces su valor y alcanzarían los 50, 100 o 150 rublos el pud. Entonces esos especuladores comenzarían a arrebatarse el trigo unos a otros y a lanzarse sobre los ferrocarriles y disputarse los vagones entre ellos. Hoy en día existe mucha corrupción entre nuestros ferroviarios, especialmente en los grados más elevados; venden los vagones por dinero, y aceptan sobornos. Si se proclama el comercio libre del trigo resultaría de ello una desorganización aún más grande de los ferrocarriles. Y el trigo que llegase a las ciudades estaría completamente fuera de vuestro alcance por su precio.

Evidentemente los precios regulados para el trigo no nos traerán la salvación si no se establece una firme disciplina en los ferrocarriles. Es necesario establecer un régimen más severo con los obreros de los grados más elevados y con aquellos que, entre ellos, animan la corrupción, el desvío de fondos y el robo. También es necesario que todos los ferroviarios redoblen sus esfuerzos.

Mostraremos a los usureros de las aldeas que no estamos de humor para bromas; que su deber es entregar sus reservas de trigo a los precios fijados. Si no las entregan, tendremos que tomarlas por la fuerza, la fuerza armada de los campesinos pobres y

obreros. Nos jugamos la vida o la muerte del pueblo y no la de los especuladores y usureros.

La situación es desastrosa en alto grado, y no solamente para nosotros. Holanda, por ejemplo, es un país neutral. No participa en la guerra. Sin embargo, el otro día, llegaron telegramas diciendo que en Ámsterdam la ración de toda la población ha sido reducida, y que en las calles han estallado disturbios provocados por el hambre. ¿Por qué? Porque en lugar de trabajar, de sembrar y cosechar, decenas de millones de hombres se han matado mutuamente a través de todo el mundo durante estos últimos cuatro años. Todos los países se han empobrecido y extenuado, es lo mismo en nuestro caso ya que debe pasar algún tiempo (un año o dos) antes de que renovemos las reservas de trigo; y, mientras esperamos, solamente nos ayudará la disciplina en el trabajo, el orden y una presión severa ejercida sobre los usureros de la aldea, los especuladores y aprovechados. Si somos capaces de establecer todo eso, entonces podremos resistir.

Y ahora dejadme responder a la última pregunta, camaradas.

“¿Quién pagará la indemnización a Alemania prevista en el Tratado de Brest?”

¿Cómo os lo diría, camaradas? Si el Tratado de Brest-Litovsk se mantiene en vigor, entonces, evidentemente, el pueblo ruso pagará. Si en los otros países se mantienen los mismos gobiernos, entonces nuestra Rusia revolucionaria será confinada y enterrada, y al Tratado de Brest-Litovsk le seguirá otro, digamos un tratado de Petrogrado o de Irkutsk, que será tres o diez veces peor que el de Brest-Litovsk. La revolución rusa y el imperialismo europeo no pueden convivir durante mucho tiempo. En la actual hora existimos porque la burguesía alemana está ocupada en un sangriento ajuste de cuentas con la burguesía francesa e inglesa. Japón rivaliza con Norteamérica y, por el momento, tiene, pues, la manos atadas. He ahí por qué nos mantenemos a flote. Nada más firmen la paz los saqueadores, se volverán todos ellos contra nosotros. Y entonces Alemania, junto a Inglaterra, cortará en dos el cuerpo de Rusia. No se puede albergar ni una sombra de dudas al respecto. Y el Tratado de Brest-Litovsk tendrá que desaparecer. Se nos impondrá por la fuerza un tratado mucho más cruel, riguroso e implacable. Este será el caso si los capitalistas europeos y norteamericanos se mantienen, es decir si la clase obrera se mantiene inmóvil. En ese caso estaremos perdidos. Y entonces, evidentemente, el pueblo trabajador de Rusia pagará por todo, pagará con su sangre, con su trabajo; pagará durante décadas, durante generaciones y generaciones. Pero camaradas, no tenemos ningún motivo para admitir que, tras la guerra, en Europa no cambiará nada.

La clase obrera de cada país ha sido engañada, gracias a la existencia de los pseudosocialistas, el equivalente a nuestros S-R de derecha, de nuestros mencheviques, los Scheidemann, los David, y aquellos que se corresponden con nuestros Tsereteli, Kerensky, Chernov, Martov. Han declarado ante los trabajadores: “Todavía no estáis maduros para tomar el poder en vuestras manos. Debéis apoyar a la burguesía democrática.” Y la burguesía democrática apoya a la gran burguesía, que apoya a los nobles, que, a su vez, apoyan al káiser. He ahí cómo los mencheviques y socialistas-revolucionarios de derecha de Europa se han visto encadenados al trono del káiser, o al de Poincaré, durante la guerra. Y han pasado así cuatro años. Es imposible admitir por un solo instante que tras una experiencia tan terrible de calamidades, carnicerías, engaños y agotamiento del país, cuando abandone las trincheras la clase obrera vuelva a las fábricas humilde y servilmente, y que, como en el pasado, haga girar los engranajes de la explotación capitalista. No. Al abandonar las trincheras, les presentará una factura a sus dueños. Dirá: “nos habéis extraído un tributo de sangre y ¿qué nos habéis dado a cambio? ¡Los antiguos opresores, los propietarios terratenientes, la opresión del capitalismo, de la burocracia!”

Repito: si el capitalismo occidental se mantiene en su puesto se nos impondrá una paz que será diez veces peor que la de Brest-Litovsk. No nos podremos mantener en pie. Hay quien dice que quien espere una revolución europea es un utópico, un visionario, un soñador. Yo le respondo: “Quien no espera una revolución en todos los países prepara un ataúd para el pueblo ruso.” Virtualmente viene a decir: “El partido que posee la máquina de guerra más eficaz oprimirá y torturará con impunidad al resto de pueblos.” Somos más débiles económica y técnicamente, este es un hecho. ¿Y por eso estamos condenados? No, camaradas, no lo creo, no creo que toda la cultura europea esté condenada, que el capital la destruya impunemente, que la subaste, que la desangre, que la aplaste. No lo creo. Creo, camaradas, y sé por experiencia y a la luz de la teoría marxista, que el capitalismo vive sus últimos días. Igual que una lámpara brilla en un último fogueo antes de apagarse bruscamente, así, camaradas, brilla en su último fogueo la potente lámpara del capitalismo en esta terrible masacre sangrienta para iluminar al mundo de violencia, opresión y esclavitud, en el que hemos vivido hasta ahora, y para hacer temblar de horror a las masas trabajadoras y despertarlas. Nos hemos sublevado, la clase obrera europea hará lo mismo. Y entonces, el Tratado de Brest Litovsk se irá al diablo, pero con él se irán muchas otras cosas: todos los déspotas, coronados o no, todos los bandidos y usureros imperialistas; y entonces llegará un reino de libertad y fraternidad entre los pueblos.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es